

DE LA RAZÓN

PERIÓDICO LITERARIO

Noviembre 19 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 16.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

COMENTARIOS Y CONSECUENCIAS

EL mismo día de la consagración de Santa Marta, al caer la tarde, se batían á pistola el Barón Romberg y Rodolfo de Siani, bajo los sauces de Palermo.—Fué afortunado el Austriaco, hiriendo á su adversario al primer tiro en el brazo derecho, é inutilizándolo así para continuar el combate.—Estaban satisfechas las exigencias del honor.—Saludáronse los combatientes como buenos caballeros, y todo quedó perfectamente concluido.

Rodolfo, pensando regresar en breve á los Estados Unidos, había desmontado su casa materna y vivía en hotel.—Allá fué á verlo al día siguiente don Francisco, naturalmente conmovido ante el percance ocurrido á su sobrino en defensa de su nieta.—Estaba Rodolfo levantado, pálido y tranquilo, con el brazo sujeto á la altura del corazón por un pañuelo de seda negro.—Rodeábanlo algunos amigos sinceros, y otros que fingían serlo para conocer todos los detalles del ruidoso episodio de *Santa Marta* y sus consecuencias inmediatas.—Hizo don Francisco, según se lo había recomendado Da. Emilia, grandes empeños por llevar á su casa al caballeresco jóven, al paladín herido en honor de una dama; pero no pudo conseguirlo. Alegaba Rodolfo que eso sería dar excesiva importancia á una herida insignificante, y á un incidente cuyo recuerdo debía desaparecer cuanto ántes.

Se retiró D. Francisco bastante contrariado.—Había arreglado antes del duelo los negocios pendientes con Rodolfo, y aunque había sido generoso estaba ya perdida la oportunidad de serlo aún más, como justa recompensa de la noble solidaridad de familia reivindicada por aquel ante los agravios y exigencias del Ministro Austriaco.

—Nada!—el muchacho se resiste á venir! dijo Dn. Francisco á Dña. Emilia, que lo recibió con cierto anhelo en la galería contigua á la escalera,—y enseguida, como si hubiese cometido una gran falta, preguntó apresuradamente: ¿pero cómo sigue *el tesoro*?

—Perfectamente bien, respondió la señora;—está de grandes confidencias con Orfilia Sanchez, que ha venido á pasar con ella trayendo á su chiquito.—Tu tesoro tiene encanto con ese bebé.

Fueron los dos ancianos á una de sus salitas interiores, y se sentaron juntos en un canapé.

—¿Con que no quiere Rodolfo hacernos el honor de alojarse en nuestra casa? repuso Dña Emilia.

Esplicó Dn. Francisco las excusas que daba el jóven. No las encontró fundadas la señora.

—Nadie podría sorprenderse, dijo, de que, siendo hijo de tu hermana única y no teniendo familia, viniese á vivir con nosotros, aun cuando no mediase la circunstancia del duelo. Por leve que sea la herida, no hay que descuidarla, y aquí se le atendería mejor.—Rodolfo no dá la verdadera razón de su negativa.

—¿Y cuál es la verdadera razón?—preguntó muy interesado don Francisco.

—Me parece, respondió sencillamente doña Emilia, que tu sobrino obedece á un sentimiento de delicadeza.—Ha espuesto su vida por Marta; es jóven... buen mozo... Teme, sin duda, que se le atribuya el propósito de ocupar el puesto perdido por el Barón Romberg...

—Las cosas que á tí se te ocurren, Emilia! exclamó el señor Valdenegros con un jesto alarmante,—y luego, como para cambiar la conversacion, añadió—¿conque sigue muy bien nuestro tesoro?

—Por ese lado debemos estar tranquilos.... Pasó ya la crisis nerviosa. Marta está completamente serena...

—Pues bien, mujer, te lo diré con franqueza,— doy todo por bien empleado... El Austriaco no entraba en mi reino.... y eso que tú lo defendías á capa y espada! Ese hombre es un mal hombre.....

—Pero tu *tesoro* se había anticipado á manifestarle á todo el mundo que estaba enamorada de él...

—De acuerdo; pero cualquiera puede equivocarse al apreciar á un hombre, y mucho más una niña... Yo, ¿qué quieres que te diga?—estoy contento con Marta... Según lo que todos me cuentan lo metió en un zapato al Austriaco...

—Ay! Francisco! Necesitamos preocuparnos mucho del carácter de esa niña! Recuerda lo que pasó en las Alamedas.—De la noche á la mañana, encontré á Marta vehementemente enamorada de nuestro mayordomo.— Es cierto que pudo olvidar pronto su quimérica pasión, pero eso prueba únicamente la volubilidad de su alma, porque mientras estuvo enamorada, solo á la lealtad de Jorge Parler debimos que no ocurriesen cosas sobre las cuales es preferible no pensar...

Hizo don Francisco un ademán de protesta, y doña Emilia prosiguió:

—Es Marta misma quien lo piensa, y quien lo dice... Pensarlo, decirlo, forman ya suficiente prueba del desequilibrio de su alma!

Don Francisco se revolvía en su asiento, con espresion de profundo desagrado, y doña Emilia prosiguió:

—Pero en fin, lo de las Alamedas ha quedado en secreto.—Este incidente con el Barón Romberg tiene otro carácter... Marta, ves, como todas las mujeres de su edad, está inclinada á gustar de cualquier hombre que se presente bajo un aspecto favorable, con algun prestigio; pero ella no se contenta con gustar,—ella no se domina,—se deja ir como si una pasión intensa la arrastrase desde el primer momento... Así sobreviene despues la reaccion, en presencia de una contrariedad cualquiera... Era eso lo que sucedía en sus amistades de niña y empieza á suceder en sus amores... Lo que más alarma todavía es el cálculo sagaz que

Marta sabe combinar con la violencia de sus pasiones, porque, no hay que engañarse, Francisco, la escena de ayer ha sido una escena friamente calculada y preparada por tu tesoro... Tú recordarás que fué ella la empeñada en que no se aplazase la consagración de la Capilla... Ella quien instaba para hacer muy éntensas las invitaciones... Ella quien esperaba con ansia la hora de la fiesta, mientras nos decía que necesitaba pensar mucho su resolución sobre la carta del Baron Romberg... Para asegurar su golpe, debo decírtelo, Marta le escribió á Pancha Ovalle...

—Pancha Ovalle es una intrigante! exclamó don Francisco.

—Será lo que tú quieras, replicó doña Emilia, pero ella me ha mostrado la carta donde tu tesoro dice que cuenta con la presencia del Baron Romberg en la consagración de *Santa Marta*... No lo nombra, pero lo designa de una manera muy clara, con mayor coquetería que si lo nombrara... Y despues, marido, no puedes tú desconocer que es grave eso de promover escenas de amor ó despecho al salir de una ceremonia como aquella, en el mismo átrio de la iglesia...

—Tendrás razon, tendrás razon, Emilia,—dijo don Francisco, levantándose con aire compungido, —no sostengo yo que Marta eligiera bien la oportunidad y el sitio para cantarle al Baron las verdades del barquero... El señor Arzobispo me ha dicho que considera una gran desgracia el hecho de haberse originado un duelo en la consagración de *Santa Marta*, porque la Iglesia reprobaba y condena los duelos como un pecado mortal... Por via de desagravio, nos aconseja el señor Arzobispo que levantemos otra Iglesia en la parte norte de la ciudad... Está bien.—Así lo haremos... Además, es menester que Marta se confiese, segun tú misma lo indicabas anoche... Que se confiese, y Santas Pascuas!... Yo me mantengo en mis trece... Me alegre y me alegraré toda la vida, de que nuestro tesoro le haya dado esa buena lección al maldito Austriaco!

No eran del todo justos los reproches de la sensata abuela... Las confidencias de Marta con Orfilia, que esta comunicó despues á los ancianos, daban al suceso una esplicación verídica y más benévola.

—Debes estar contenta de mi, decía Marta, casi perdida entre las ondas de encaje de su lecho,— conversando con su amiga Orfilia, sentada á la cabecera, con un niño hermoso y sonriente en el regazo... Yo pude comprender, aquella noche... ¿recuerdas?... que *ese hombre* te disgustaba inmensamente... Y me agravié, te lo confieso, porque habia llegado á figurarme que estaba enamorada de él... Me parecia un ser delicadísimo, caballeresco, noble, modelo de gentileza y de hidalguía, brillante escudero que me acompañaría por todas las cortes de Europa, donde yo seria festejada y aclamada como una gran belleza americana...! Concibes una locura igual?—Pues esa locura ha estado aquí dentro en mi cabeza, hasta que descubrí al Baron Romberg, despreocupado de mi amor y husmeando cínicamente la fortuna de mis abuelos... Ah! tú tienes más experiencia... Sobre todo, tú no estabas ciega, y adivinaste al personaje que se escondía detrás de aquellas palabras y cortesías melosas... Cuando á mi vez abrí los ojos, me acordé inmediatamente de tí, y fué una de mis mayores satisfacciones pensar que tú asistirías á mi vindicación, que tú, con orgullo por la conducta de tu amiga, me contemplarías libre de las falsas seducciones de *ese hombre*.

—Pero queridita mia, replicó Orfilia, con expresión insinuante, mezclada de severidad y de ternura;—no me es posible aplaudir ni aprobar lo que has hecho... Creo que tenias mil medios de llegar al mismo resultado, sin producir aquella escena que fué un verdadero escándalo y hubiera podido tener consecuencias funestísimas... ¿Qué hubiera sucedido si el señor Valdenegros hubiese estado presente en el momento de tu estallido? ¿Cuál seria tú situación y la de tus abuelos, si en vez de tener el duelo el resultado que ha tenido hubiera dado lugar á la muerte de Rodolfo

ó del Baron Romberg?—Señorita Marta, usted sabe que á mí no me gustan nada los romanticismos; la escena de ayer tuvo un color romántico muy subido, y para asistir á ella no debió usted invitar á quien detesta esa clase de alborotos...

—¿Pero puedes tú figurarte,—esclamó Marta, incorporándose en el lecho, que á mí se me habia pasado por la imaginación aquella escena del átrio? Ni soñar! Yo habia querido que se celebrase la fiesta; habia tomado mis medidas para asegurar la presencia de *ese hombre*; pero todo mi plan consistia en tenerlo á mi lado durante el almuerzo, crucificarlo á sátiras y epigramas, ponerlo finamente en ridículo, demostrarles á todos que era Marta Valdenegros, la princesa india, quien tomaba la iniciativa para romper todo compromiso con el codicioso *baronetto*... De esa manera, no habria habido ocasion de conflicto, porque me parece que una mujer puede dar alfilerazos con la misma mano que los hombres besan... ¿Sabes por qué falló mi plan?... Porque no supe disimular... Porque *ese hombre* conoció mis intenciones y se propuso huir como un cobarde... Me habia dicho durante la procesion que *tendria el honor de conducirme hasta la mesa*, y que *aspiraba á la alta satisfacción de sentarse á mi lado*... Al salir de la Iglesia, se me escapa... Lo busco, y lo encuentro despidiéndose de abuelita, so pretexto de que le impedian asistir al almuerzo quehaceres urgentes de la Legación... Farsante!—No pude contenerme; no era posible que dejase escapar mi presa... Tuve un vértigo, y así como lo fulminé con mi palabra... porque ¿no es cierto que lo fulminé?... digo la verdad si digo que hubiera deseado despedazarlo con las manos...

—Salvo ese último detalle, repuso Orfilia sonriendo, lo que reñeres te justifica en algo... Lo peor de todo seria que hubieses meditado friamente la escena del átrio... Mira... Eso es lo que más preocupa á doña Emilia... Me autorizas á contarle tu esplicación?

—Como nó!—Y hay que explicar todavía otra cosa.—Mi dignidad estaba públicamente ofendida.—Un diario refirió todo lo que estaba pasando, y eso no podia saberse sino habiéndolo divulgado *ese hombre*, pues nosotros guardábamos una reserva absoluta....

—¿Y cómo llegó á tus manos ese diario?

—Me lo mandaron.

—¿Y quién tuvo la diabólica idea de mandarte semejante cosa?

—No lo sé;—recibí el diario bajo un sobre, con letra desfigurada en la dirección de la carta...

—Pues valdria la pena averiguar quien es el autor de esa gracia... Ha de ser el mismo que escribió el suelto, porque estaba escrito con muchísima intención, con el propósito manifiesto de irritar tu amor propio... Mira!—Rodolfo podria muy bien tomar informes fidedignos, porque es muy amigo de uno de los colaboradores de ese diario, tanto que lo eligió para uno de sus padrinos en el duelo...

—Sí!—es cierto, dijo Marta sin prestar mucha atención; lo averiguaremos de ese modo por Rodolfo... qué bien se ha portado Rodolfo!... pero voy á mi cuento... Aparecia ante el público que *ese hombre* sentia escrúpulos y pedía el oro y el moro para dignarse aceptar mi persona, mi familia y mi origen... ¿Podia esto tolerarse?—¿Deberia yo esponerme á que ese hombre, apercibido de mi enojo, me liciese todavía la afrenta de retirar la proposición que habia hecho para recibirme purificada por obra y gracia de una espléndida dote?—No!—estaba públicamente agraviada y era indispensable que mi venganza fuese pública!

Calló la vehemente jóven, y Orfilia, sin dejar de acariciar á su niño que de tiempo en tiempo lloriqueaba, emprendió la bondadosa tarea de calmar los ardores de Marta con exhortaciones amistosas y consejos saludables... Habló largamente, pues tenia el luminoso don de la palabra... Mas —¿porque ha caído Marta en una extraña distracción?... ¿Porqué hadejado de escuchar la palabra elocuente de su amiga?—¿Porqué va tomando su semblante una nueva expresión sombría?

—Orfilia! Orfilia!—esclamó, interrumpiendo repentinamente á su amiga;—no digas á nadie que yo he recibido aquel diario;—ni abuelita ni abuelito deben saberlo nunca—¿entiendes? Yo sola, aquí, discutiendo conmigo misma, he descubierto al que escribió la noticia y disfrazó la letra para enviarme el diario!

—¿Quién te figuras que es?—preguntó Orfilia sorprendida.

—Rodolfo! Rodolfo!—Lo ha sabido todo por la habladora de Pancha Ovalle, á cuya casa vá todas las noches... Se ha valido de su amigo para hacer publicar la noticia... Ah! él tambien aspira al purificativo de la dote... Era yo muy niña, y ya me dirigia palabras galantes... La última noche que estuvo aquí pretendia abrasarme con miradas de fuego... Oh! los hombres! los hombres! El doctor Nugués procuraba ridiculizarme al otro, y con Pancha Ovalle se finge enamorado de mí: como si él fuera capaz de enamorarse!... Rodolfo me intriga, y se bate por mí para hacer méritos... ¿No es verdad que todos los hombres son unos grandes miserables?

Orfilia encontró exactas las conjeturas de Marta, y por toda respuesta dijo, levantando en alto á su *bebé*:

—No todos, señorita; mi marido es un buen sujeto, y este caballero está predestinado á ser la flor de los caballeros argentinos!

Algunos dias despues,—de tres á cuatro de la tarde,—presentábase Rodolfo en casa de la familia Valdenegros. Seguía bien de su herida, pero llevaba todavia el brazo recojido á la altura del corazon por un pañuelo de seda negra.—Iba á despedirse, habiendo recibido orden de ir á ocupar su puesto diplomático. Mientras doña Emilia agasajaba al jóven paladin, fué don Francisco á llamar á Marta que se encontraba retirada en sus habitaciones.—Cuando entró el abuelo, estaba ella indolentemente reclinada en un sillón y leía una de las novelas de Goethe; *Las afinidades electivas*.

—Ahi tenemos á tu valiente defensor, dijo el anciano, acariciando á Marta con la voz, el gesto y la mirada.

—¿Quién? murmuró brevemente Marta.

—Rodolfo, pues, Rodolfo!

—Ah!

Palideció la jóven, y don Francisco, mirándola, quedó algo confuso.

—Vienes á saludarlo, eh!—dijo despues de un momento de silencio.

—No, no voy,—respondió Marta.

—¿Que no vas?

—No, abuelito, no voy.

—Viene á despedirse de nosotros...

—Es igual; no voy; no puedo ir.

Y Marta, que habia comenzado por responder con suavidad, respondia ya con impaciencia.

Estaba perplejo el anciano.—Hizo un movimiento de masticacion dificultosa, y despues exclamó, sonriendo:

—Ya te he comprendido, *tesoro!*—temes emocionarte demasiado en su presencia!

—Si! es verdad!—temo emocionarme demasiado!—repitió la jóven con acento irónico...

—No importa! yo sabré disculparte; eso corre de mi cuenta.

Y el señor Valdenegros, despues de dar un golpecillo afectuoso en la mejilla ya coloreada de Marta, salió meditando trabajosamente la forma de escusar ante el sobrino el terco retraimiento de la nieta.—Rodolfo aceptó fácilmente las escusas;—estuvo tan amable como discreto, y se despidió de sus tíos, dejándoles como espresion de su recuerdo esta exclamacion comun: «Es increíble lo que ha cambiado este mozo!».

Salió de allí Rodolfo para ir á visitar á Pancha Ovalle.—Esta señorita, sin perjuicio de su predileccion decidida por el Baron Romberg, habia tenido con Rodolfo amabilidades esquisitas.—

Dia á dia, un sirviente suyo entraba al hotel á informarse de la salud del herido. Dia á dia, se encontraba sobre la mesa de la salita de Rodolfo, ya una jalea de color topacio, ya un bizcochuelo azucarado que, con solo mirarlo, se derretia en la boca, y cerca de aquellos primores andaba siempre la tarjeta de la señorita Ovalle!

Fué cordialísima la entrevista.—Se contaron diez veces sus impresiones del episodio de *Santa Marta*... Hablaron delicadamente del duelo... Panchita derramó una lágrima cuando Rodolfo tuvo la crueldad de anunciarle su partida... Quedaron convenidos en que se escribirían una vez al mes... «No se olvide de trasmitirme noticias prolijas de mi hermosa defendida»—fué la más insistente recomendacion del paladin.—Pancha lo prometió solemnemente!

—A mi vez, dijo en aditamento á una de sus reiteradas promesas,—debo hacerle un pedido... Esplíqueme, al fin, cuál es la causa de su enojo con el doctor Nugués...

—El doctor Nugués es loco! contestó Rodolfo desdeñosamente.

—Y él dice que usted es un foragido! exclamó Pancha con una ingenuidad pasmosa.

—¿Lo ha dicho acá?—preguntó el jóven, comprimiendo la ira.

Estaba Pancha decidida á satisfacer las voracidades de su curiosidad nativa, azuzando el amor propio de Rodolfo,—y respondió sin vacilar:

—Si!—lo ha dicho, y lo que es peor, delante de todos... ¿Y sabe con qué motivo? Porque ponderaban su accion en Barracas, al salir en defensa de Marta Valdenegros... Todos le preguntaban el fundamento de sus extravagantes palabras, y él se limitaba á repetir poniendo los ojos en blanco: «Qué foragido, qué foragido!»

—Si yo fuese un foragido, dijo Rodolfo, poniéndose de pié para despedirse,—si fuese un foragido, el doctor Nugués no volveria á repetir semejantes palabras!

Quedó Pancha impresionada con la espresion de la fisonomia de Rodolfo al tiempo de su despedida. Este incidente completaba la satisfaccion de su alma, al verse manejando algunos hilos de la intriga social mas accidentada y ruidosa que hasta entonces se habia conocido en Buenos Aires.—Su situacion, además, era escepcionalmente feliz. Las intimidades con el Baron Romberg le aseguraban un casamiento de primer orden en caso de recibir la herencia de la tía cordobesa.—Este era el problema de incierta solucion.—La excelente señora habia enviado en aquellos dias un cajon con confites hechos por las monjas de Córdoba, toallas de riquísimo bordado y alguna reliquias milagrosas.—Este cajon venia acompañado de una carta que contenia la más desagradable de las gratas noticias de familia:—aquella bendita señora estaba cada vez más fuerte!

El éxito del duelo habia librado al Baron Romberg, hasta cierto punto, de un horrible desprestigio. Insistia él en que su conducta habia sido *leal y correcta*. Estaba orgulloso de su triunfo en *el campo del honor*, y abonaba su serenidad imperturbable con don Alejo Nuñez, que habia sido uno de sus padrinos.—Se permitia decir con frecuencia: *estas sociedades primitivas*, y se vengaba de Marta no llamándola sino *la petite sauvage*, y riendo de buena gana cuando Pancha le referia que una señora de Buenos Aires, la viuda de D. Alejo Nevares, de tiempo atrás designaba á Marta con este apodo: *la pampita*. Por lo demás, sabia hacerle justicia á su manera, pues conversando con Herman Müller ó con la misma Pancha, y tomando la cuestion *por todo lo alto*, segun su costumbre, solia decir:

—Todos los viajeros, todos los autores han constatado en las razas salvajes cierto instinto extraordinario de sagacidad y de astucia. Reconozco que mi *petite sauvage* tiene muy desarrollado ese instinto... Yo no la habia visto desde la inesperada revelacion de su origen pampeano... La observé detenidamente, y encontré que tenia escrito en sus facciones y en su piel el sello indeleble de las razas inferiores... Toda ocultacion, en Euro-

pa, habria sido absolutamente imposible.... No se habria resignado mi familia á reconocer una union evidentemente ofensiva, no solo para los masones de la nobleza teutónica, si que tambien para las tradiciones de la raza caucásica. — Comprendiendo esto, me retiraba de la fiesta resuelto á manifestar al señor Valdenegros, con toda la franqueza que me es característica, mi absoluto desistimiento del enlace proyectado.... Oh! la *petite sauvage* supo entonces hacer valer su instinto natural de sagacidad y de astucia. .. Me adivinó y me salió al encuentro.... *C'est beau, ma foi; mais je suis fièrement vengé!*

El doctor Nugués, por su parte, eludiendo toda conversacion con el Baron Romberg, se complacia en disertar sobre el origen de Marta Valdenegros, en la sala de Paucha Ovalle.—Su tema predilecto era calcular el resultado de la *herencia india*, combinada con la sangre blanca, la educacion mimosa y la conciencia del poder que da una fortuna colosal... Agotaba su ingenio y su chispa en estos cálculos, y concluía por decir delante de la rueda social que le festejaba todas las gracias:

—Con todo, por doscientos millones de pesos, se puede correr el albur del *malon* que nos lleve un buen dia nuestra cara mitad!

Las agitaciones políticas llegaban en aquellos momentos á su periodo álgido, y esta circunstancia favoreció á la familia Valdenegros para ser un tanto olvidada en las malevolentes hablillas de la sociedad.—Los diarios, no obstante, habian referido con minuciosidad la ruptura del casamiento de Marta y los episodios subsiguientes.—Uno de esos diarios llegó á la estancia de las Alamedas, y allí, un corazon enfermo tuvo latidos de alegría, fugaces, absurdos!

Llegó el 24 de Setiembre.—Habia estallado la Revolucion.—El 26 don Francisco, con su esposa y su nieta, se embarcaban para Montevideo, contando regresar á los quince dias, y entre los vencedores!—Los acontecimientos fueron, en efecto, rápidos; pero la revolucion se precipitó de derrota en derrota.—En Diciembre, todo habia concluido;—el General Mitre se encontraba prisionero! Creia soñar don Francisco.—Vencido por la realidad, se consolaba pensando que sin duda Satanás se habia apoderado del señorío del mundo.

La familia Valdenegros prolongó su permanencia en Montevideo, retirada en una hermosa quinta sobre la costa del Miguelete.

Cierta noche, sentados el uno junto al otro, en un banco del jardin, ambos mirando tristemente las estrellas, don Francisco exclamó, como si se tratara de un asunto nuevo:]

—Ay! Emilia—cuánta razon tenias al dudar del triunfo de la Revolucion!

—Y tú, Francisco,—la tenias al presentir que la relaeion del Austriaco nos traeria desgracia!

En ese instante se veia pasar una silueta blanca, solitaria y melancólica, entre los troncos de los sauces que colgaban sus crespones sobre el agua oscura del arroyo adormecido.—Era Marta Valdenegros.—La jóven huía obstinadamente de toda sociedad.—Estaba entregada á los libros y á la meditacion.—Desplegaba rara vez los labios; pero cuando los ancianos, en grandes momentos de afliccion, se atrevian á interrogarla y trataban de sondear su alma, ella respondia con la más graciosa de las sonrisas amargas:

—No teman! No guardaré un silencio eterno como la Ottilia de Goethe. Necesito reposo; necesito hacerme una persona seria!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

MEDALLONES

SOFÍA ARNOULD

POR

ENRIQUE NENCIONI

(TRADUCIDO DEL ITALIANO POR DANIEL MUÑOZ)

LA madre habia sido amiga de Voltaire, de Diderot, del Cardenal de Bernis. La hija, nacida en 1740 en la misma casa donde dos siglos antes habia sido asesinado Coligny, fué amamantada, como Cloe, por una cabra, y á los cuatro años, cedida á la Princesa de Conti que, llegada ya á cierta edad, sin ocupacion, aburrída, tomó á la pequeña Sofia como una muñeca, como un falderillo, y se divertía en vestirla con las modas más caprichosas, y la tenia en sus faldas, la llevaba en carruaje, la enseñaba á tocar la cítara, á bailar y á cantar.

A sus doce años, tuvo como maestro de música al célebre Jeliste, y un dia que cantó el *Miserere* de Lalande en la iglesia de Panthemont, excitó un verdadero entusiasmo. La fama de su voz llegó á oídos de la reina Maria Leckzinska, que quiso conocer á la jóven *virtuosa*, la hizo cantar, se enterneció hasta llorar, le acarició sus mejillas con su gran abanico de plumas, y le hizo dar un helado.....

Pero tras del helado de la reina de nombre, vino un billete de la reina de hecho, la Pompadour, que invitaba á las Arnould, madre é hija, á que fuesen á su presencia. Nuevos cantos, nuevos cumplimientos, regalo de un collar, é inscripcion de Sofia entre las cantatrices de cámara de Su Magestad la Reina. Un año despues, fué agregada por orden del rey á la *música de Su Magestad*, y particularmente á su teatro de la Opera.

Tenia diez y seis años, un cuerpo de hada, una voz de ruiseñor. Delgada, pero bien formada, el rostro perfectamente ovalado, dos grandes ojos negros que pedian perdon ó provocaban, magníficos cabellos rubios, una boca plegada habitualmente con una sonrisa voluptuosa, fresca como una rosa de mayo, de la cual salian irresistibles las notas lánguidas del amor, ó las suplicantes de la plegaria, ó las flébiles del dolor. El carácter y el prestigio de su belleza consistía en la voluptuosa armonia, en la delicada esbeltez de su persona. Nada habia en ella de vulgar ni material sino la verdadera índole de la belleza moderna, la gracia, la espiritualidad de la fisonomia, el encanto de la sonrisa, de la mirada, que unidos á la mágica de la voz la hacian irresistible.....

Todos sus contemporáneos están acordes en alabar su belleza y su voz; todos los contemporáneos, y, lo que vale mas aún, *todos sus contemporáneos*. Por muchos años, su gracia supo desarmar á la envidia. Solo hubo un diario, una *Crónica Bisantina* de 1760 que osó decir que «casi siempre tiene la boca llena de saliva, lo que hace que al hablarlos, os eche la espuma de su discurso...»

Oh, los Bisantinos!....



Se estrenó en el teatro el 15 de Diciembre de 1757. Atraída por su fama, la muchedumbre asediaba el teatro. «Dudo, escribe un contemporáneo, que se lome nadie tanto trabajo por alcanzar la Gloria Eterna.»

Garrick declaraba que la única actriz francesa que le habia hablado á los ojos y al corazon, era una cantatriz, Sofia Arnould. Ella introdujo en el arte un elemento nuevo que causó una verdadera revolucion: la emociion sincera, la accion dramática natural, el corazon en el canto. Y cuando modulaba las divinas notas de Gluck:

Je ne veux pas mourir encore,

una conmocion eléctrica recorria todo el auditorio.... y era un delirio de aplausos.

Su voz no era poderosa, pero sí dulcísima y simpática. Era una voz que se prestaba admirablemente á los papeles que representaba: *Psiche*, *Lavinia*, *Ifigenia* moribunda llevada al altar é implorando á Dios....

Una voz palpitante, con alma, y que los enemigos del sentimiento, los naturalistas de cien años atrás, trataron de censurar con esta mordaz definicion del abate Galiani: «*Es la más bella asma que he oido cantar.*»



A la casa de la afortunada Sofia habla ido a vivir como pensionista un tal E. Dorval. Hacia vida de gran señor; era bello y joven. Una noche, despues de haber jugado al *tric-trac* con el padre de Sofia, dió las buenas noches y se retiró. Pero en su cuarto, palpitante, temblorosa aun, llorosa, desesperada y feliz, lo esperaba Sofia. Un beso prolongado, ardiente, y despues, en puntas de piés, atravesaron un pasadizo, abrieron la puerta de la escalera, y se fueron en un carruaje que esperaba allí cerca hacia algunas horas.

El señor Dorval era el conde Luis de Brancas.... casado! Al saberlo, Sofia se desmayó, pero en seguida se rehizo. La esposa del Conde estaba enferma, y él prometió casarse con Sofia apenas quedase viudo.... lo que halagó mucho a los esposos Arnould, que ya se deleitaban con la idea de ser los padres de la Condesa de Brancas.

¿Y Sofia?

Ah! Sofia era mujer, pero era tambien artista, altiva, caprichosa, apasionada, que no toleraba humillaciones ni penas. Y así como se habia escapado de la casa paterna, se escapó de la casa del amante. «Los hombres no son más que monstruos egoistas, (escribia a una amiga) desde hoy en adelante no quiero amar mas que el teatro y la música». Y a los que, muchos años despues, le preguntaban algo sobre aquel su primer amor, les contestaba diciéndoles: «No me hable de ese hombre; me ha dado dos millones de besos, y me ha hecho verter cuatro millones de lágrimas».



La Festa di Pafò, Proserpina, Polissena, Alina, Ifigenia in Aulide, son las óperas en que Sofia hizo furor. Las estampas de la época la presentan vestida con velos de plata, con el trágico pañuelo en la mano; un enorme armazon en la cabeza, un manto atigrado en el hombro derecho, y con dos grandes manchas de carmin en las mejillas. Y sin embargo, ella aparece siempre simpática, y sonrie como una suave figura contemporánea.

Y cuidado que es preciso que aquellos ojos y aquella sonrisa fuesen encantadores para hacerla aparecer bella con aquellos peinados, con aquellos *paniers*, con todas aquellas extravagancias con que la representan . . . ¡Oh modas del 1770, oh delirio del gusto, oh epopeya del capricho! Era la época en que la Duquesa de Chartres, en la colosal arquitectura de sus cabellos, y en su *pouf au sentiment*, llevaba un retrato, un papagallo, un negro, un perrito, y un buque con las velas desplegadas. Fué en la que en la *coiffure a la circonstance* las damas elegantes llevaban un ciprés, un haz de trigo, y un jardin, y en la de la *inoculacion* (así llamada en recuerdo de la vacuna) llevaban una serpiente, un sol naciente, y dos olivos. Fué la época en que la marquesa de Bouffers llevaba en la cabeza un mapa-mundi que dibujaba exactamente sobre sus cabellos las cinco partes del mundo, y en que la Condesa de Lamballe llevaba el Zodiaco como alhaja, y en la cabeza el sol, la luna y las estrellas. . . .

Fué la época en que las damas galantes parecían acuarelas; y en que los *paniers* y las *crinolines* les daban tal circunferencia, que eran necesarias tres sillas para cada una de ellas.



Sofia Arnould, orgullosa de su voz y reina del palco escénico, tenia altivo desprecio por la pobre orquesta que estaba siempre pendiente de la direccion imperiosa y de los caprichos de la *virtuosa*.

—¿Que quiere decir esto, señor mio? me parece que esta noche hay una verdadera rebelion en nuestra orquesta....

—Señorita....

—Vuestra orquesta me embrolla y me impide cantar.

—Señorita, nosotros llevamos estrictamente el tiempo y el compás.

—El compás? No sé lo que es eso. Vámonos seguidme siempre, y tened

en cuenta que vuestra sinfonia es la humildísima sierva de la actriz que canta y declama.

Y siguió cantando.

En este diálogo que realmente tuvo lugar una noche entre Sofia y el director de orquesta ¿no parece que hay una protesta profética en favor del canto puro, contra la futura revolucion musical? contra el predominio, y á veces la tirania, de la instrumentacion?

Triunfante, sin rivales durante veinte años, la Arnould tuvo a sus piés adoradores de toda condición y calidad, desde el duque hasta el tenor, desde el embajador hasta el subteniente. Y sus muchos regalos la hubiesen enriquecido, si su prodigalidad no hubiese sido igual a su fortuna.

He dicho que la hubieran enriquecido los regalos, pero no por cierto la paga, porque esta Malibran del siglo XVIII ganó menos en diez años que la Patti en una semana. Sofia Arnould estaba escriturada por tres mil francos al año, y la más espléndida gratificación que recibió de la empresa de la Opera, fué de mil francos.

Hoy se dá más a una corista!



Conservar el cetro de la moda en Paris durante veinte años fué un verdadero milagro. Pero el ostracismo era inevitable, y llegó. Sofia no tuvo ni la presencia de ánimo, ni el valor, ni la filosofía de retirarse á tiempo, y hacerse recordar y desear. Tomó el peor de los partidos, el de luchar con el público, siempre cruel y despiadado, y siempre vencedor. Sufrió la humillacion de ver preferida á Rosalia Levasseur, una de sus discipulas; y de ver á Gluck, el gran maestro, declararse jingratol en favor de su rival. Ah! la Moda es como la Revolucion y como Saturno: se devora a sus propios hijos....! Una noche de verano en que Sofia tomaba el fresco en el jardin del *Palais-Royal*, algunos jóvenes le cantaron, con el aire de *Alceste*:

Caron t'apelle... entends sa voix

Y la pobre Sofia tuvo que ceder y retirarse de la escena, no porque se hubiese descompuesto mucho su voz, sino porque habia aumentado sus años, y porque en este mundo, y especialmente en Francia, *tout lasse, tout casse, tout passe*, hasta la voz más suave, la música más dulce, y la más bella poesia....

Desolada, tuvo una veleidad de devocion, y frecuentó las iglesias y los confesionarios. Pero fué una conversion pasajera, un capricho, y pocas semanas despues escribió a una amiga suya, apropósito de sus confesores: «*Ces directeurs!... C'est pis que les directeurs de l'opera.*»

Fundó entonces un salon que fué uno de los más brillantes y agradables entre los tantos famosos con que contó Paris en el pasado siglo, y los *Mártes* de la señorita Sofia Arnould, reunieron lo que de más ilustre y más artísticamente elegante habia en la capital. Rousseau, Voltaire, Beaumarchais, Diderot, Duclos, Garrick, Bernard, Dorat, iban a cumplimentar a la reina retirada de la *Opera*.

Y cuando estalló la Revolucion, su salon se transformó en un club, y *Ifigenia* se hizo *jacobina!* Tenia entonces cincuenta años, y la *chronique scandaleuse* decia de ella en 1790: «La Arnould se ha hecho demagoga para recibir en su casa la escoria de la especie humana» y seguía medio diario de insultos de ese jaez y otros peores. Pobre Sofia!



Sus últimos años fueron una sucesion de amarguras, de enfermedades y pobreza. Se redujo a escribir cartas, en las que, comparándose con la eigarra de Lafontaine que ya no tenia

Un seul petit morceau

De mouche ou de vermisseau,

pedia limosnas para la viuda de *Castor*, para *Lavinia*, para *Dido*, para *Ifigenia* que reinó veinte años en el teatro del arte. Y la cantatriz famosa sobre cuyo busto escribió versos de alabanza Voltaire; aquella de quien Gluck dejó dicho que «sin el encanto de su voz y de su declamacion *Ifigenia* no hubiera entrado en Francia», aquella cuyo talento admiraron Beaumarchais y el Principe de Ligne, no tenia en 1802, ni lo más estrictamente necesario para vivir, y languidecia sola, abandonada y enferma, hasta el 22 de Octubre, día en que se le presentó la Muerte conio una verdadera libertadora.

Mis Amores

(A CAVESTANY)

No solo como corresponsal noticioso de LA RAZON colaborará el distinguido literato español Dn. José Velarde, sino que también favorecerá al LUNES DE LA RAZON con algunas de sus composiciones, y engalanamos este número con una de sus más recientes, á fin de que nuestros lectores vayan apreciando los méritos literarios de nuestro ilustrado colaborador.

El canto MIS AMORES, es contestación á otra poesia que dedicó á Velarde el reputado poeta y dramaturgo, Juan Antonio Cavestany.

I

PARECENME los cantos que hoy exhalas
Mariposas que á mi llegan volando
Con átomos de sol sobre las alas,

E igual tu acento, por lo vivo y blando,
Al hilo de la fuente cristalina,
Que rueda reluciendo y murmurando;

Y es que siempre en su trova más divina
Rompen gozosos, al hacer el nido,
Alondra, ruiseñor y golondrina.

Encuéntrame tu cántico abatido,
Luchando en balde por dejar el suelo,
Cual vencejo que á tierra se ha venido;

Mas ázome á tu voz, y cruzo el cielo,
Que tengo, en todo igual á ese avecilla,
Si el paso inútil, poderoso el vuelo.

Me crezco ante el poder que á otros humilla,
Y lucho hasta triunfar, cual vencedora
Resiste, endureciéndose, la arcilla

Al fuego, que las aguas evapora,
Los mármoles calcina, el hierro funde,
Y á sí mismo, insaciable, se devora.

Cual levántase el humo y se difunde
Por el cielo, primero que la llama
En resplandor vivísimo lo inunde,

Abatido el poeta gime y clama
Antes que rompa en claridad el fuego
Que su alentado corazón inflama.

¡Ay! que vive sin dieha ni sosiego
Con las pasiones en perpétua lidia,
Y en él se ceban con enojo ciego

Los tigres del rencor y la perfidia,
Las bestias del orgullo y la ignorancia,
Y las sierpes del odio y de la envidia;

Y responde del mal á la arrogancia,
Como el incienso al ascua que le quema,
Levantándose en nubes de fragancia.

II

Deja que alabe su virtud suprema:
Por loco el vulgo necio le reputa,
La fortuna le lanza su anatema,

Y la crítica al uso, prostituta
Por el error ganada y la impudicia,
Le amarga y le envenena con cicuta.

Aquel á quien mal crítico acaricia
Llagado debe estar, porque el gusano
Solo encuentra placer en la inmundicia.

Del arte eunuco y miserable enano,
Que puede y se alza más, juzga el idiota,
Siendo infame, cruel ó chabacano;

Y ora impio á los débiles azota,
Y ejerce de verdugo las funciones,
En altar erigiendo la picot?;

Ora halaga del vulgo las pasiones
Plagiando obscenidades de Epicuro,
Muecas de momo, insultos de bufones,

Que entraron á engendrarle, de seguro,
En contubernio bárbaro y sin nombre,
La hiena, el jimio y el reptil impuro;

Ver en él, las más veces, no te asombre,
Un cuerpo indigno de abrigar un alma,
Y un alma indigna de animar á un hombre.

III

Mas, ah, perdona si perdí la calma;
Ya vuelvo en mí, como al ceder el viento,
A erguirse torna la abatida palma.

Al poner en tu hogar el pensamiento,
O del mio aplacerme en la dulzura,
El corazón regenerado siento,

Y en himnos mis clamores de amargura
Se truecan, y mis roncas carcajadas
En ahogados sollozos de ternura.

Las nubes en mi mente condesadas,
Y los dolores en mi pecho fijos,
Cual hiedras en los muros arraigadas,

¿Qué son ante los puros regocijos
Que me brinda el hogar, donde me espera
La santa madre de mis tiernos hijos?

¡Bien haya la bendita compañera
Que de mi vida; con su fè amorosa,
Perpetúa la alegre primavera,

La musa fiel, la estrella luminosa
Que me guía en mi vuelo á lo infinito,
Más que el sol pura, como el sol hermosa!

¡Bien haya la que llamas en tu escrito
Alegre turba de mis hijos bellos,
Aves y flores de mi hogar bendito!

¡Lucir miro en la madre los destellos
Que le prestan sus hijos, y el tesoro
De las bellezas de su madre en ellos!

¿Que soy pobre? ¡Qué importa! ¿Acaso ignoro
Que el dorado metal desconocía
La edad dichosa que llamamos de oro?

IV.

Si el social espectáculo te hastia,
Ven a mi hogar, verás cómo despierta
Tu espíritu apenando a la alegría.

El ángel de la paz guarda la puerta:
No llames a ella, no, que ya la tiene
La vigilancia del amor abierta.

Ella, al abrir, el paso me detiene,
Y de *ella* en pos, gritando y sonriendo,
La alegre turba de mis hijos viene.

Uno, amigo de escándalo y estruendo,
Con una cuerda mi bastón embrida
Y en tan bravo corcel sale corriendo;

Otro emprende a mi cuello la subida
Y me besa con ansia, y palmorea
Después de la victoria conseguida;

Aquel, que ni mi nombre balbucea,
Ni en pie se tiene, de su madre en brazos
Por venirse a los míos forcejea,

Y *ella*, nudo común de tantos lazos,
Entre todos, benéfica, reparte
Dulces sonrisas, ósculos y abrazos.

V.

Confabulada en silencioso aparte,
¡Ah, no te rías! me declara guerra
La turba, ardiendo en el furor de Marte,

Y a mis ropas, beligeras se aferra,
Y tal lucha, que alcabo da conmigo
Y con mi grave autoridad en tierra.

¿Cómo, di, de sus brazos me desligo,
Si son cadenas para mí de flores,
Y cómo, recobrándome, les digo

Que cesen en sus risas y clamores,
Si al oírlos, de júbilo desmayo,
Creyéndome que cantan ruiseñores?

Parece que viveza les dió el rayo;
El brote tierno la salud y el brío,
Color la adelfa, que florece en Mayo,

Y que su aliento refrescó el rocío,
Y endulzaron sus labios los panales,
Y encendió sus miradas el estío.

Cuando, rendidos en batallas tales,
Sus párpados de rosa cierra el sueño,
Y les sume en arrobos celestiales,

Y el ángel de la paz va con empeño
Luces y ecos dejando adormecidos
Con sus alas cargadas de beñío,

Sonámbulos de dicha mis sentidos,
Embragados quizás, por doquier hallan
Orgías de colores y sonidos,

Aromas vivos que entre sí batallan,
Ondas que bullen, pájaros que trinan,
Alas que zumban, ósculos que estallan,

VI.

No sólo estos amores me fascinan,
Otros, dulces también, me dan consuelo
Y mi mente fantástica iluminan;

Amores que entre sí no traban duelo,
Antes, unidos en concordia santa,
Cual mística oración suben al cielo.

Los tengo en un país de gracia tanta,
Que el sol, enamorado de los seres,
Con más rico pincel los abriganta;

Donde todo convida a los placeres,
Horizontes sin fin, campiñas bellas.
Mares azules, lánguidas mujeres;

Allí, donde con más dulces querellas
Se encienden en amor los ruiseñores
Al tremulo irradiar de las estrellas;

Donde son pura miel frutos y flores
La noche tenue albor, la aurora día,
El día vivo incendio de colores;

Y el culto y el amor idolatría,
La sangre lava, rayo el pensamiento,
Poeta el hombre, la mujer poesía:

¡Ah! que Dios, al tomarte por asiento,
Más dotes, patria mía, te ha otorgado
Que estrellas derramó en el firmamento.

VII.

Hay en ella un lugar casi olvidado,
Donde amor, como el ave emigradora,
Otro nido me tiene reservado.

La mar besa, allí siempre rugidora,
Los blancos caseríos de una aldea,
Que le parecen, cuando el sol los dora,

Al nauta que al mirarlos se recrea,
Caracoles y conchas nacarinas
Que amontonó en la orilla la marea.

Allí mi nido está; vientos marinos,
Que de las sales el olor intenso
Juntan al resinoso de los pinos,

Mantienen claro el horizonte inmenso,
Y vencen en perfume y en templanza
Al hálito que brota del incienso.

Aquel nido es el iris de bonanza
Que me presta en mis luchas con el mundo
El místico placer de la esperanza,

Y hacia él mirando con amor profundo
Mi corazón, como la tierra, se hace
Cuanto más lo desgarran más fecundo,

JOSÉ VELARDE.

(Concluirá en el próximo número).

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 15

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
—	—
D toma P (jaque)	D toma D
T 8 CD	Cualquiera.
A descubre (mate)	

La solución fue remitida por Eduardín, El Duende y Artemus.

CHARADAS

1.ª *Verbosidad.*—2.ª *Bochinche.*

Ambas fueron descifradas por Una Floridense. Moniato y Oscar descifraron la primera.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

2.ª *Trampolin.*—3.ª *Piltrafa.*—4.ª *Barbàrie.*

No damos la solución de la primera porque apareció equivocada. Las otras tres fueron resueltas por Oscar; y las dos últimas por Moniato.

SALTO DE CABALLO

*Si de murmullos de besos
Y de perfumes de flores
Y de notas y colores
Pudiera un lenguaje crear,
Entonces yo te dijera
Cuán grande, cuán infinita
Es esta pasión bendita
Que me supiste inspirar.*

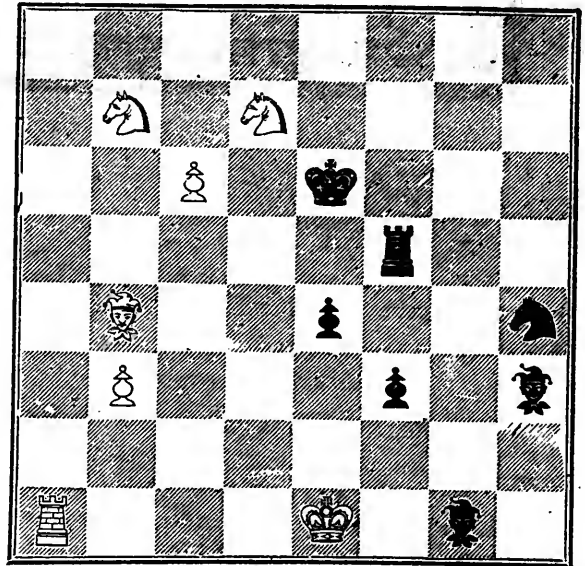
Una Floridense y Moniato nos enviaron la solución.

GEROGLÍFICO N. 15

Quien canta sus penas espanta.

Fue descifrado por O. S.; Un gerbano, Moniato, Velay, Gideon, y Oscar.

**Problema de Ajedrez por Eduardín
NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Es dulce *segunda* y *tercia*,
Y amargo *tercia* y *segunda*,
Conjunción es la *primera*
Y el *todo* es cuestión de música.

OTRA

Si eres hombre, *prima* y *dos*
Tienes, y de *prima* y *tercia*
Naciste al soplo de Dios,
Lo que no quita que puedas
Ser un *todo* ó algo peor.

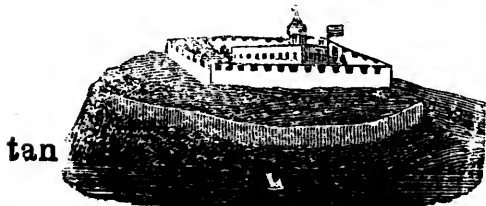
PALABRAS DESCOMPUESTAS

ZIRTASTE—TAGLIDON—URTÓMNOS—GLADIO.

GEROGLÍFICO NÚMERO 16



to Listo



tan

comoc Ln



D cho



T